

ANTONIO LÓPEZ GÓMEZ

EL VERANEO TRADICIONAL
EN LAS COSTAS VALENCIANAS.
«BARRAQUES» Y «CASETES DE LA MAR»
EN LA HUERTA DE GANDIA

INTRODUCCIÓN: EL VERANEO TRADICIONAL

La influencia del veraneo ha ocasionado en los últimos decenios un cambio extraordinario, muchas veces catastrófico, en el paisaje de las costas valencianas, como en casi todas las mediterráneas; la diferencia es completa respecto a épocas anteriores en que las construcciones, pequeñas en general, se ajustaban mejor a las líneas tendidas de las playas y armonizaban más con el conjunto.

El veraneo que puede llamarse tradicional se desarrolla desde finales del siglo XVIII en la ciudad de Valencia, desde el XIX en Alicante y otros lugares, en los primeros decenios del XX en casi todos los poblados marítimos. Estaba motivado por gentes de las principales ciudades de la región y, con el establecimiento de los ferrocarriles, también del interior, en general de clase media y en ocasiones por motivos médicos; en cambio, las personas adineradas preferían el litoral norteño, de temperatura más suave, considerado más elegante y de precios más altos.

En el golfo de Valencia las ciudades están alejadas unos kilómetros del mar, con *graus* o poblados marítimos en la ribera, y en éstos el veraneo se manifestaba mediante construcciones de muy diversa categoría, yuxtapuestas en general al caserío de las gentes de mar. El caso más relevante es la capital valenciana, donde Cavanilles, a finales del siglo XVIII, en un cuadro muy vivo, se refiere a los bañistas que acudían al Grao a diario y en creciente número con múltiples carruajes; pero ya en aquellos años muchos permanecían varios días alojados en las barracas de pescadores e incluso gentes acaudaladas habían levantado con esta finalidad edificios a lo largo de la playa, espaciosos algunos, los más con forma exterior de barracas pero con las comodidades urbanas, todo ello en un animado ambiente festivo (6, I, p. 143). Con las sucesivas

construcciones en el Grao se inicia un desplazamiento a la playa del Cabanyal, donde, en la segunda mitad del XIX, tenía la burguesía su residencia estival, en chalés aislados o viviendas alquiladas; el tono social era ya más atildado e incluso con cierto tono aristocrático en la calle central de la Reina (29, p. 63; 21, p. 881). Blasco Ibáñez se refiere en *Flor de Mayo*, en 1895, a dicho barrio con «alquerías bajas, de panzudas rejas verdes... donde veranea la gente de Valencia», cerradas y silenciosas en invierno; igualmente cita los bañistas de clases populares que acudían a diario y utilizaban *barraquetes* de lienzo pintado y techumbre de cañas, en correcta fila y adornadas con banderas (3, pp. 423 y 425). A comienzos del siglo actual las barraquetas eran grandes, de paredes de madera y cubierta de lona, con dos corredores de cabinas para los bañistas, según Sanchis Guarner; además existía el balneario de las Arenas (28, p. 595 y foto p. 573). Martínez Aloy especifica que la parte S, el Canyamelar, era «un conjunto de veraniegas alquerías para las familias principales de la Ciudad» y al N, el Cabanyal —en sentido estricto— estaba formado por «modestas cabañas de pescadores, y cedidas durante el estío a gentes de mediana posición» (23, p. 42). Ambos barrios, con el de Cap de França, más al N, formaban el Poble Nou del Mar, municipio independiente de la Vilanova del Grau entre 1837-97.

Al aumentar el vecindario y ser invadida la zona inmediata a la playa por instalaciones diversas, a finales del XIX y comienzos del XX, se inició otro desplazamiento al N, hacia la playa de la Malvarrosa, todavía con pocas construcciones hacia 1914; una de las primeras, la «villa» de estilo italiano de Blasco Ibáñez; después fueron numerosas las edificaciones para residencia veraniega burguesa, categoría que también disminuyó más tarde (30, p. 296 y lám. 24; 23, pp. 42-47 y 881).

Todavía era muy concurrida, a comienzos de nuestro siglo, la pequeña playa de Caro, situada entre el «contradique», con animado paseo (luego muelle de Poniente), y la desembocadura del río; desapareció después con la ampliación del puerto (espigón y muelle del Turia) y los astilleros de la Unión Naval. Finalmente, al S del río, está la playa de Nazaret, localidad que empezó a adquirir importancia en los últimos decenios del siglo XIX al desaparecer el Lazareto, de donde deriva el nombre (establecido en 1720). A comienzos de nuestra centuria ya era lugar muy animado «con lindas casas de recreo que se edifican sucesivamente formando calles paralelas al mar», además de las habituales barraquetas de bañistas (19, p. 39). Las playas más lejanas, en la restinga de la Albufera, en Pinedo, El Saler, Perelló y Perellonet, muy mal comunicadas, apenas tenían visitantes.

Casos análogos, de intensidad menor y desde finales del XIX, se dan en todo el litoral. En la playa de Castellón —en el Grao de esta localidad— y en Benicàssim con el poblado de «Las Villas», en las playas de Almazora y de Burriana (allí con el barrio de casas y chalés de la Malvarrosa, entre el viejo Grao y el puerto nuevo), o más al N en Vinaroz, Benicarló, etc. (19, pp. 577 y 662). Igualmente ocurre al S, en Cullera y en el litoral de la Huerta

de Gandía, especialmente en el Grao de esta ciudad y en la playa de Oliva, ya bien entrado el siglo actual.

La Marina de Alicante, en Jávea, Altea, Benidorm y Villajoyosa, tenía reducida clientela regional, aunque contaba desde 1914 con el ferrocarril costero de vía estrecha Alicante-Denia; en esa década todavía no se cita la función veraniega en la minuciosa obra de Figueras Pacheco. En cambio Denia presenta rasgos peculiares, con numerosas casas de recreo, especialmente las construidas en Les Rotes por extranjeros —sobre todo ingleses— relacionados con la localidad a través del comercio de pasas, entonces floreciente; prueba de su influencia es la existencia de una capilla anglicana y del llamado «cementerio de los ingleses» (10, p. 816; 12, pp. 24-26; 9, pp. 245-46). Asimismo han de citarse los llanos meridionales con Santa Pola, Torrevieja y Guardamar; en la primera de ellas ya era notable la afluencia a comienzos del XIX y se mencionan barracas de esparto y junco en la playa, mantenidas hasta hace poco, incluso había un «Reglamento y methodo de vida» publicado para los veraneantes en 1810 (13, p. 32); a comienzos del siglo actual se mantiene la numerosa concurrencia, lo mismo que en Torrevieja (10, pp. 935 y 1.068).

La ciudad de Alicante, con sus inmediatas playas de Babel y del Postiguet, representa un caso especial debido al ferrocarril de Madrid, el más corto hacia el mar. Realizado el enlace con Almansa en 1858, en los meses veraniegos, diez años después, llegan trenes «atestados de viajeros que vienen no sólo de Madrid, sino de muchos pueblos de Castilla y de la Mancha a respirar las auras marinas», como indica un diario local; en el decenio siguiente ya hay referencias a los populares «trenes botijo» —nombre que perduraría hasta la guerra civil— por los recipientes utilizados por los viajeros (24, I, p. 448, y II, p. 28). Los periódicos describen el baño en las playas donde existían ya los típicos «balnearios» de madera avanzados sobre pilotes, que han pervivido hasta hace poco, las diversas fondas, el club de regatas flotante (1891), sustituido luego por el actual (1911), que era el centro de reuniones, etc. Pero en la ciudad misma no se manifestaba de manera señalada en el aspecto constructivo, salvo el cuidado en los paseos junto al mar, especialmente el de Gomis, frente a los balnearios, urbanizados en 1892 (10, pp. 369-70; II, pp. 107-108). Ha de señalarse también que en esta época ya se quiere promover el turismo invernal, iniciado en Málaga, y para ello se establece en 1896 una «comisión para la propaganda del clima de Alicante» (24, II p. 107 y 161).¹ El continuo desarrollo del veraneo hasta la guerra civil alcanzó después a otra playa inmediata al N, la de la Albufereta; en cambio, pasado el cabo de la Huerta, la extensa de San Juan, seguida por el ferrocarril de vía estrecha de la Marina, aunque ya era visitada, estaba casi totalmente vacía de edificaciones. Por ello

¹ Ya en la década de 1880 hay diversas publicaciones sobre las excelencias del clima de Alicante como lugar de invernada: Navarro Albero y Sánchez Palacios, Manero, Parreño, Sánchez, Santana (10, p. 574).

merece destacarse el notable y completo proyecto de urbanización para fines turísticos que, a iniciativa del alcalde Carbonell, comenzaría en 1933 Indalecio Prieto, ministro de Obras Públicas, mediante la construcción de la carretera a lo largo de la playa; después se paralizaría el resto: un gran hotel, balnearios, campos de deportes, bosques, jardines, etc., además de zonas de viviendas, en forma de ciudad-satélite turística en dicha playa «apropiadísima para la traza... por los dilatados terrenos baldíos que bordean su arenal» y alcanzando esa «finalidad en perfecta armonía con las bellezas naturales del lugar» (24, II, pp. 331-34). La comparación entre ese equilibrado proyecto y la aglomeración de hoy, fruto de la especulación y el desorden planificador, eximen de todo comentario.

A la vez aparecen también el veraneo y el ocio dirigido al campo próximo a las ciudades. Aquí tiene especial interés cuando se trata de núcleos de la llanura litoral y en terrenos poco distantes del mar. Sirvan algunos ejemplos. En los alrededores de Valencia, lugares de elección son las pequeñas alturas que rodean la Huerta, al pie de las cuales se desgrana un rosario de grandes núcleos. Entre ellos destaca Burjasot, al que ya se refiere Cavanilles como «uno de los pueblos que los de la capital prefieren para su recreo, y para pasar con comodidades parte del verano, por lo cual se ven allí buenos edificios y deliciosos jardines» (7, I, p. 147); corresponderían sin duda a la aristocracia y la burguesía alta. Después la costumbre se amplía a clases medias menos adineradas y se añade el prestigio social que confieren tales residencias, en ocasiones mera vanidad, como pinta, como aguda crítica, Blasco Ibáñez en 1894, en *Arroz y tartana*, al referirse —también en Burjasot— a la posesión de pequeños hotelitos, recargados y pretenciosos, con minúsculo jardín de «dos docenas de árboles típicos» (3, p. 331). En Burjasot había gran variedad de tipos («chalets, casitas de recreo coquetonamente adornadas, villas de mayor y menor cuantía»); en cambio en Godella eran «casas buenas y confortables, de dos y más pisos... con salones... patios y jardines... de las familias acomodadas de Valencia», lo mismo que en Paterna, menos encopetadas en Rocafort, también numerosos chalés en Torrente, en las afueras; la expansión en el Vedat es moderna (23, pp. 955, 996 y 1.010; 28, p. 873). Más tarde, en bastantes casos, surgen ya los de vivienda permanente debido a la red de tranvías y ferrocarriles locales eléctricos. Tienen un sentido diferente, aunque también se utilizan para recreo, las casas de mayor volumen construidas a finales del XIX y comienzos del XX que se relacionan con la creación de importantes huertos de naranjos, mediante riego elevado, en las zonas marginales de la Huerta: en Picanya, Catarroja, Picasent, etc. (5, pp. 398-99).

En la Huerta de Alicante también señala Cavanilles la multiplicidad de espaciosas habitaciones de recreo «todas cómodas y algunas magníficas» (5, I, p. 249); varias describe Madoz con detalle a mediados del XIX (XII, pp. 776); en 1868 se menciona «un sinnúmero de jardines, con suntuosas casas de recreo, algunas... como pequeños palacios» (23, I, pp. 412-13), son también destacadas en 1914 (10, pp. 579-600) y en 1924 se nombran más de setenta

en San Juan, la mayoría de grandes dimensiones, con notables jardines y huertos, bastantes de las cuales subsisten todavía (15, pp. 765).

En cambio los *masets* de la Plana de Castellón, genuinas construcciones de descanso que también aparecen en las playas, son más pequeños, con reducido huerto-jardín y sobre todo surgen en nuestro siglo en la zona de naranjales de la Huerta Nueva, con riego de pozos o del embalse de María Cristina, como hemos estudiado en otro lugar (19). No faltan, por supuesto, casos semejantes en las ciudades del interior; por ejemplo, en inmediaciones de Játiva, el valle de Bixquert.

Aún habría de añadirse otra forma de veraneo fuera de las llanuras litorales en las pequeñas sierras próximas, sobre todo al W y al N de la ciudad de Valencia, en el valle del Palancia o al N de Alicante, en ocasiones, sin duda, por motivos médicos y muchas veces, sobre todo en el pasado, mediante alquiler de viviendas de la localidad.

El desarrollo del veraneo regional —al que se añade el del interior en contados sitios— debe estar unido al económico, motivado esencialmente por la exportación de productos agrícolas, sobre todo la naranja, y la incipiente industrialización. Dicha exportación se halla en alza continua desde finales del XIX, sufre el bache de la Guerra Europea y luego se acelera el ritmo hasta la crisis de los años 30, repercusión de la mundial de 1929; en el caso concreto de la región valenciana está marcada por la fecha de 1932, en que la Conferencia de Ottawa establece el régimen de preferencias dentro de la Comunidad Británica, dos años después de que Francia adoptara medidas análogas (17, pp. 413-16).

Con el desarrollo del veraneo tradicional comienzan a erigirse casas en los poblados marítimos, antes pequeños lugares de pescadores, a la vez que barracas temporales en las playas, pero en pocos casos son lugares nuevos («Las Villas» de Benicàssim, «La Malvarrosa» en Burriana, etc.); así se inicia un cambio sustancial en la fisonomía como reflejo de la nueva función. Después de la guerra civil y la mundial se reanuda la evolución en la década del 50, pero enseguida adquiere un signo nuevo con la creciente afluencia de gentes del interior y del extranjero, que toma caracteres de avalancha en los últimos años.² Este cambio reciente es radical, las playas tranquilas, salvo en Valencia y Alicante, con viviendas unifamiliares en número reducido, se cubren de edificios en masa y aglomeraciones humanas. Por ello creemos que tiene interés un análisis de las formas correspondientes a la etapa anterior en los pocos lugares donde aún se mantienen, en una supervivencia seriamente amenazada; como ejemplo se ha elegido el sector meridional del golfo de Valencia, perteneciente a la Huerta de Gandía, donde se observan todos los grados de evolución.

² Excelente exposición de la función de veraneo, su desarrollo y distribución comarcal, en la obra de Rosselló Verger (25, II, pp. 87-108).

LA HUERTA DE GANDÍA Y LA VALLDIGNA

El nombre de la primera comarca enlaza la vieja actividad agraria fundamental con la ciudad más importante; es el utilizado ya por Cavanilles en el siglo XVIII y también de uso popular (7, II, p. 141). Había desplazado a los de raigambre árabe «Vall de la Bayrén» (derivado del jeque musulmán Al-Baireni), utilizado después de la Reconquista (11, p. 7), que aún pervive en el arruinado castillo que domina Gandía, o «Conca de la Safor» (de las rocas), que aún emplean Viciana en el siglo XVI y Escolano en el XVII (31, II, fol. XI; 9, IV, p. 171), y ha perdurado en la Serra de la Safor. En la actualidad se está divulgando otra vez este viejo nombre, en grafía moderna «Conca de la Safor» o simplemente «La Safor».

La inmediata comarca de la Valldigna tiene estrechas analogías geográficas y más aún en la banda litoral, perteneciente al municipio de Tavernes; por ello se incluye también aquí. En cambio se prescinde de otra más diferenciada, la Ribera Baja del Júcar, y de la Albufera, de llanos mucho más amplios y esencial vocación arrocera, a ella pertenecen Cullera y otros lugares al N, a cuyas playas se vincula la comarca, así como la Ribera Alta y, en buena parte, la misma ciudad de Valencia y su Huerta.

El paisaje natural

Al S del Júcar las montañas, esencialmente de calizas mesozoicas, llegan muy cerca de la costa, sobre un estrecho llano cuaternario que termina en zonas pantanosas con extensas playas. La Valldigna es una fosa transversal casi rectilínea, de ancho fondo plano con el río de Jaraco, entre las sierras de Corbera —les Agulles—, al N, y el Mondúver (840 m), al S, últimos eslabones del Sistema Ibérico. La Conca de la Safor corresponde al valle bajo del Serpis o río de Alcoy, con su afluente el Vernissa, y el Bajo Gallinera; está cerrada por un irregular anfiteatro montañoso constituido por el citado Mondúver, donde interfieren las alineaciones prebéticas SW-NE, ya bien destacadas en las sierras de Ador y la Safor (1.011 m.), entre las cuales taja su curso el Serpis por el Estret de l'Orxa o de l'Infern, y en las de Gallinera y Mustalla que limitan el bajo valle del Gallinera.

Hacia el mar, enlazando con los montes mediante un glacis, se tiende el llano cuaternario en inclinación suave desde unos 100 m y luego casi horizontal. Desde el cabo de Cullera hasta las estribaciones del Montgó en Denia, con el cabo San Antonio, que inician la elevada costa alicantina, el litoral corresponde al tipo de restinga y albufera o zona pantanosa habitual en el golfo de Valencia, forma facilitada por la estabilidad reciente o quizás ligera emersión (25, I, p. 49).

La línea de playa es de arena fina, salvo un pequeño sector de gravas en el extremo S, y sólo está interrumpida por la desembocadura de los ríos:

Júcar, Jaraco, San Nicolás, Serpis, Bullent y Molinell, la mayoría con la típica desviación hacia el S ocasionada por la deriva paralela a la costa y el predominio de los vientos fuertes del NE; pequeñas formaciones deltaicas aparecen en el río de Jaraco, con un estuario flamenco convertido en pantanal y delta, igual que el Serpis en Gandía (25, I, p. 26 y 64).

Sobre la playa se eleva una duna longitudinal o *muntanyar* casi fija por la vegetación psamófila o enmascarada por los edificios. Detrás queda una zona semipantanososa (*aiguamolls*), especialmente destacada al N de Gandía y S de Oliva, con difícil escorrentía por los afloramientos de agua (*ullals*) y sobrantes del riego de las huertas; sin embargo, el avenamiento artificial ha convertido la mayoría de estas tierras en huertas o arrozales.

El clima presenta las temperaturas habituales del litoral valenciano y aun seguramente algo más elevadas; los datos publicados de Denia, la estación más próxima, son 12° en enero y 26° en agosto. En todo caso es perceptible en los cultivos, probablemente por la defensa de las montañas, la menor intensidad de las esporádicas heladas invernales respecto a las llanuras del Júcar y Turia; por ejemplo, en las de febrero de 1956 la temperatura en Gandía fue dos grados más alta que en Valencia y el período de heladas de 6 y 11 días, respectivamente. El efecto de las elevadas temperaturas veraniegas, con 30° de media en las máximas y 22° en las mínimas en agosto, es atenuado por la influencia marina, especialmente la brisa diurna, llamada *embatada del migdia* porque suele comenzar a esa hora con bastante fuerza y cesa al anocheecer. Son raros los días de calma o de *ponent*, el reseco y caluroso viento del oeste que parece salido de un horno (en Valencia se registra a veces sólo 25 % del humedad), procedente de la caldeada Meseta y acentuado por el efecto descendente en la costa.

En cuanto a las precipitaciones, el anfiteatro montañoso debe colaborar de manera muy efectiva, ya que la media de Gandía se eleva a 737 mm en 54 días, lo cual supone notable torrencialidad (casi los mismos días que Valencia, con 406 mm); Jaraco registra 644 mm y Pego asciende a 815 mm, en cambio Denia sólo 555 mm (14). La mayor pluviosidad de la comarca está patente en la menor necesidad de riegos que en otras zonas naranjeras. El máximo de lluvias es otoñal, con unos 100 mm en septiembre y en octubre y el pico de 134 mm en noviembre (datos de Gandía), otro secundario en febrero y el mínimo estival no es muy acentuado, todavía 30 mm en junio, 15 en julio y 14 en agosto, para subir bruscamente en septiembre. Las tormentas tienen una cierta importancia, 16 días al año, esencialmente desde la primavera al otoño; en ambas épocas, sobre todo en la última, es cuando se producen esporádicamente los grandes aguaceros, relacionados con una gota fría en altura. Finalmente la nubosidad es muy escasa, aunque los datos se refieran a Denia, de pluviosidad bastante menor, con 220 días despejados, 114 nubosos y 31 cubiertos al año; los primeros presentan cifras máximas y los otros mínimas en julio y agosto: respectivamente 22'6 y 22'8; 8'4 y 8'0; 0'0 y 0'2. En conjunto, condiciones climáticas favorables; más aún en nuestros

días en que el mar cálido y el sol tienen marcada preferencia sobre la temperatura.

En la vegetación ribereña sólo destacan las plantas que fijan las dunas y más adentro el taray o *tamarit* (*Tamarix*) de retorcido tronco oscuro y finísimo follaje. En cambio los hondos encharcados son dominio de la anea o *bova* (*Typha*) y el carrizo o *senill* (*Phragmites communis*), mientras que acequias y azarbes están orlados de altas cañas, de diversa utilización en las tareas campesinas. Obra ya estrictamente humana son los setos de cipreses en los naranjales a lo largo de los caminos. En el resto de la llanura el matorral originario ha sido totalmente barrido por los cultivos y se refugia en los cerros del contorno.

Las actividades humanas

En la evolución común de las huertas valencianas destacó la de Gandía, durante los siglos XIV-XVI, por su especialización en la caña de azúcar, que hizo la gran riqueza de la casa ducal, hasta que la expulsión de los moriscos y la competencia americana después paralizaron los ingenios; luego ocupó lugar importante la seda hasta la crisis del XIX. Entonces se intentaron otros cultivos, entre ellos nuevamente la caña e incluso se montó un ingenio nuevo (18, p. 416), pero en definitiva triunfó la plantación de naranjos en gran escala, casi como monocultivo, hasta ocupar las tres cuartas partes del regadío, hoy en gran medida variedades tardías debido a la suavidad del clima³.

Tienen aún bastante importancia las hortalizas diversas, para el abastecimiento local o bien productos tempranos de exportación, ya que se adelantan tres o cuatro semanas a la Huerta de Valencia. En las zonas más húmedas eran cultivos de *marjal*, es decir en *bancs* o fajas entre anchas zanjas de avenamiento y regados con agua de ellas; se cogía con calabazas abiertas (*reg de carabassí*), como describe Cavanilles, o mediante «tahonas» o balancines de madera movidos a brazo, de los cuales aún queda algún ejemplar. En parcelas mayores se empleaba la noria movida por caballería y hoy con bombas portátiles. Pero esta zona de marjal ha sido en gran parte invadida también por los naranjos. En cuanto al arrozal está en franco retroceso e incluso en 1977 no se ha plantado el Pla d'Oliva.

El sistema general de riegos deriva del Serpis (3'3 m³/s), mejorado con el pequeño embalse moderno de Beniarrés (7'4 millones m³), y obedece a la organización consuetudinaria típica; importancia muy secundaria tienen los riegos del Vernissa y de diversas fuentes. Pero el desarrollo moderno se debe esencialmente a los grandes pozos con motobombas que han asegurado el riego y permitido ganar grandes espacios en los llanos altos y en las laderas mediante bancales; así, al riego elevado corresponden hoy las tres cuartas partes del total.

³ Sobre las actividades humanas, *vid.* Bibl., núms. 1, 2 y 11.

En la base de los montes se extiende el secano con algarrobos, olivos almendros y vides de mesa; antaño era importante la pasa lejiada y aún quedan como recuerdo viejos riurais con sus arquerías para completar el secado.

El desarrollo industrial ha tenido lugar en los núcleos más importantes. En Gandía sobresalen los curtidos y también quedan hilados de seda, recuerdo de la vieja artesanía; entre las actividades modernas destacan los zumos y conservas vegetales; en Oliva, varias importantes fábricas de ladrillos; en Tavernes de Valldigna, los muebles de madera y metálicos, en Villalonga, papel y ladrillos, etc. El comercio marítimo —importante en Gandía— y la pesca se relacionan directamente con los poblados marítimos.

Tan intensa actividad económica ha permitido una población muy densa, unos 250 h/Km²; se acumula sobre todo en el regadío, donde rebasa los 600 h/Km², mientras que no llegan a 50 en el secano (descontando los montes sin casi utilización). Destacan los tres grandes núcleos de Gandía, centro comarcal, con 30.700 h, Oliva (16.800 h) y Tavernes (13.800); otra serie de localidades grandes y próximas, de varios millares de habitantes, se ubican en la vega o en el contacto con las sierras, aparte de otras menores y población dispersa en los alrededores de Oliva y Gandía.

POBLADOS MARÍTIMOS Y VERANEO TRADICIONAL

Como es norma general en el golfo de Valencia, los núcleos huertanos se hallan a unos kilómetros de la ribera, separados de las zonas pantanosas insalubres inmediatas a ellas; en otras épocas influyó también la amenaza de los piratas beréberes, que aún recuerdan las torres de vigilancia, construidas en Piles, Jeresa y Tavernes.

La vida marinera, pesca y en algún sitio comercio, se localiza en poblados ribereños muy reducidos, salvo el Grao de Gandía, y en relación directa con la localidad huertana próxima.

La pesca ha sido siempre actividad reducida y el comercio marítimo se concentraba en las playas más importantes, por ello eran pequeños los poblados junto al mar; incluso en 1950 sólo merecen cita los de Gandía, Oliva y Bellreguard, «que tienen sus Graos respectivos o caseríos... que son barrios marítimos» (11, p. 331). Verdadera importancia sólo alcanzó el Grao de Gandía, centro del comercio marítimo de la comarca, acentuado desde 1892 por la construcción del puerto para la importación de carbón destinado a la industria alcoyana, mediante un ferrocarril de vía estrecha, y utilizando como flete de retorno los productos agrarios. Contó después Gandía con otra línea semejante a Carcagente, en la zona naranjera de la Ribera Alta del Júcar, y a Denia con enlace allí de la vía de la Marina alicantina. Esos ferrocarriles han desaparecido hace pocos años debido a su lentitud y ya escaso movimiento; en cambio se ha prolongado a Gandía la vía ancha Valencia-Cullera. De todas formas la exportación de naranja por mar, principal actividad

del puerto, ha caído notablemente, desplazada por el camión o los trenes especiales.

En la playa de Oliva existió también cierta actividad comercial a finales del XIX y comienzos del actual, ya que se exportaban artículos diversos como cebollas sobre todo, maíz, cacahuet, pasas, así como naranja, que sería luego dominante. La carga se realizaba mediante barcazas desde la playa hasta los buques anclados mar adentro. Este comercio dio lugar a varios almacenes, únicas construcciones aparte de algunas casas de pescadores (4, p. 83).

La pesca, sólo para consumo local, se realizaba en barcas de vela y remo que luego se varaban en las tendidas playas con el esfuerzo humano, empujando y tirando con una soga, o con ayuda de alguna caballería, como todavía hace pocos años en el N de Castellón.

En 1944 se contaban en la comarca 116 embarcaciones de pesca (sin incluir Tavernes), de las cuales sólo 16 a motor, 58 a vela y 42 de remo para la pesca inmediata; de ellas, 20 en Gandía (con Jeresa y Daimús), 10 en Oliva y de dos a cinco en los otros lugares de Bellreguard, Piles, Miramar y Guardamar. La alternancia frecuente entre la ocupación pesquera y la agrícola determinaban que en algunos casos se elevaran en la playa abrigos en forma de barraca para la temporada de pesca de primavera-verano (11, página 249). La motorización concentraría cada vez más las barcas en el puerto de Gandía, con desaparición en las playas.

Las casas eran pequeñas, de plano rectangular, con pasillo central o lateral y reducido patio posterior, a diferencia de la casa labradora, más grande en general y con amplio espacio atrás para corral, cuadras, sitio para el carro, etcétera⁴. Esta casa popular sería el modelo para las más antiguas de veraneo, aunque de construcción más cuidada y con ciertas variantes como la terraza delantera, frecuencia de cocina abierta, etc.

Excepto el Grao de Gandía, los núcleos marítimos constaban de pocas casas alineadas frente al mar, en relación con la correspondiente localidad huertana de la cual llevan el nombre.

Hacia 1914 únicamente se cita Gandía como lugar de veraneo, «con la barriada denominada Grao Nuevo, con su avenida de preciosos chalets, hasta la playa de Levante, donde se instalan, en verano, las casetas para los bañistas» (29, pp. 378-79).

Junto a la reducida actividad pesquera empezó el veraneo de gentes de la comarca, especialmente de las localidades próximas principales como Gandía y Oliva, con mayor volumen de propietarios adinerados y clases medias urbanas. El veraneo de cierta duración debe tener como antecedente inmediato la frecuente costumbre de ir en carruajes a la playa ciertos días festivos. Son escasos e imprecisos los datos que hemos podido reunir hasta ahora; en Oliva, concretamente, concuerdan las informaciones orales con algún autor local en señalar que, por lo menos a comienzos del siglo actual, era frecuente acudir

⁴ Sobre la casa campesina, *vid.* 11, pp. 310-326.

a la playa en carros y alguna tartana para merendar el 10 de julio, fiesta de San Cristóbal, o incluso pasar el día especialmente los que poseían almacén, como las familias Alcaraz, Bañó, «Sac» o García, Sempere, Devesa, o casas como la de Pau Pi y Flora Borrás. Era también costumbre volver a la playa los días de San Jaime y Santa Ana (25-26 de julio), pero entonces «ya había quienes se quedaban por las huertas cercanas o almacenes» (4, pp. 150-151).

El verdadero veraneo, en casas construidas para ello, puede situarse en la década de 1920 y siguientes; concretamente, en esta playa, en 1909, aún no había chalés, los cuales se iniciaron poco después por gentes adineradas (Martí de Vesés, Boscá, Soler) (*loc. cit.*). Factor esencial, de gran repercusión en toda la economía, sería el auge de la naranja, cortado por la Guerra Europea y vuelto de nuevo desde 1923. Las construcciones en la misma playa, sobre la duna, irían acompañadas de otras en segunda línea o algo más retiradas, en el acceso de la carretera —concretamente varias allí en 1929 ó 30 (dato oral fidedigno)— o en el borde de la huerta. A la vez tenía lugar otra forma peculiar de veraneo por gentes modestas mediante barracas temporales de carrizo erigidas en la misma playa o bien en las huertas próximas, para atender a la vez los cultivos agrícolas estivales. La temporada clásica se iniciaba en San Cristóbal y duraba hasta Santa Rosa (30 de agosto).

Todavía en 1950 las referencias escritas son escasas; en Bellreguard se cita «un barrio de treinta y cinco casas pequeñas de recreo, “La Paloma”, para la temporada estival, junto a la playa, entre las que hay algún chalet de mayor vistosidad, sólo ocupado durante el veraneo»; en Oliva, «un pequeño barrio de pescadores y algún que otro chalet, mezclados con casas de recreo al igual que en la playa de Gandía (11, pp. 338 y 347); en esta última los rasgos urbanos más acusados se traducían también en grandes casas de recreo de dos plantas, con extensos jardines, según muestran algunas fotos (10, p. 368).

A partir de los años 50 la pesca se concentró exclusivamente en Gandía, en cambio el veraneo comarcal cobró mayor impulso y empezó la extensión de los poblados, a la cual se añadiría en la década siguiente la avalancha de forasteros y extranjeros y las nuevas construcciones en masa.

FORMAS DE VIVIENDA

La vivienda de veraneo se puede clasificar en dos grupos esenciales, el tradicional y el reciente, a su vez con varios tipos bien diferenciados. Al primero, de gentes de la comarca, esencialmente de las ciudades mayores, corresponde tres tipos muy distintos. El más elemental, muy modesto, es la barraca de carrizo, de construcción temporal y hoy casi desaparecida. Evolución de ésta y de categoría mayor es la barraca de madera, también temporal y desmontable, de la cual quedan dos docenas de ejemplares en las playas de Oliva y Tavernes de Valldigna.

Las formas hoy más frecuentes son las pequeñas casas, situadas de pre-

ferencia en la playa misma —las genuinas *casetes de mar* y utilizadas sólo para el veraneo; corresponden a la clase media y aun adinerada, en propiedad, raras veces en alquiler.

La transición al tipo contemporáneo es la casa de una planta, menos frecuente la de dos, más variada pero aún con regusto tradicional, sobre todo al exterior, de manera que, en muchos casos, no se puede distinguir de las antiguas remozadas, salvo una minuciosa investigación unitaria.

El desarrollo del veraneo en masas humanas grandes, tanto de la región como de las interiores, da lugar a otras construcciones, aquí sólo indicadas de forma somera, desde las unifamiliares variadas, generalmente llamadas «chalés» y los pequeños bloques de «apartamentos» de dos o tres plantas, hasta las grandes colmenas de diez o quince pisos.

La barraca de senill

Es copia de la utilizada, también de manera temporal, por pescadores y por campesinos para cultivos hortícolas de verano; en ciertos casos tal barraca de carrizo, cerca del mar, era de finalidad mixta, ya que permitía a la gente menuda acudir a la playa. Pero la *barraca de la mar* para veraneo⁵, en sentido estricto, era la construida en la misma playa, con esa finalidad única y utilizada un par de meses, mientras que el padre y algún otro miembro mayor de la familia acudían diariamente al trabajo urbano o campesino, utilizando bicicleta o el pequeño autobús de enlace entre el poblado marítimo y la ciudad o pueblo próximo.

Se situaban en una hilera delante de la duna, en terreno público; otras, las de finalidad mixta, en la misma duna o más adentro, en las propiedades particulares, pero se rehuía internarse en la marjal debido a los mosquitos y al alejamiento de la playa. Bastante numerosas antaño, las barracas de la playa pervivieron en Oliva, por ejemplo, hasta hace unos diez o quince años, en que fueron prohibidas, por diversas razones: higiénicas, estéticas y también por los no raros incendios debido al material muy combustible.

Apenas quedan ya ejemplares desperdigados, por ejemplo uno, apartado en el S de la playa de Oliva, sobre la duna, pero ya con modificación en la cubierta. Las paredes están hechas con los largos tallos del carrizo o *senill*, abundante en las zonas encharcadas; se disponen en manojos verticales sujetos a trechos, por ambas caras, entre cañas horizontales, a las cuales se atan aquéllos. Las cañas, a su vez, se enlazan a delgados postes verticales, salientes arriba para mejor atadura; se emplean ramas gruesas, sólo descortezadas, de ciprés, el único árbol frecuente en la huerta (como seto artificial en los naranjales) que proporciona palos rectos aunque nudosos de cierta longitud,

⁵ Fontavella sólo indica: “también junto al mar surge alguna rústica, pequeña y desvencijada barraca de paja y cañas, que no merece la atención por no ser vivienda propiamente dicha”; no especifica si es la de veraneo o se refiere al “abrigo en forma de barraca”, utilizado por los pescadores en esa época (11, pp. 249 y 315).

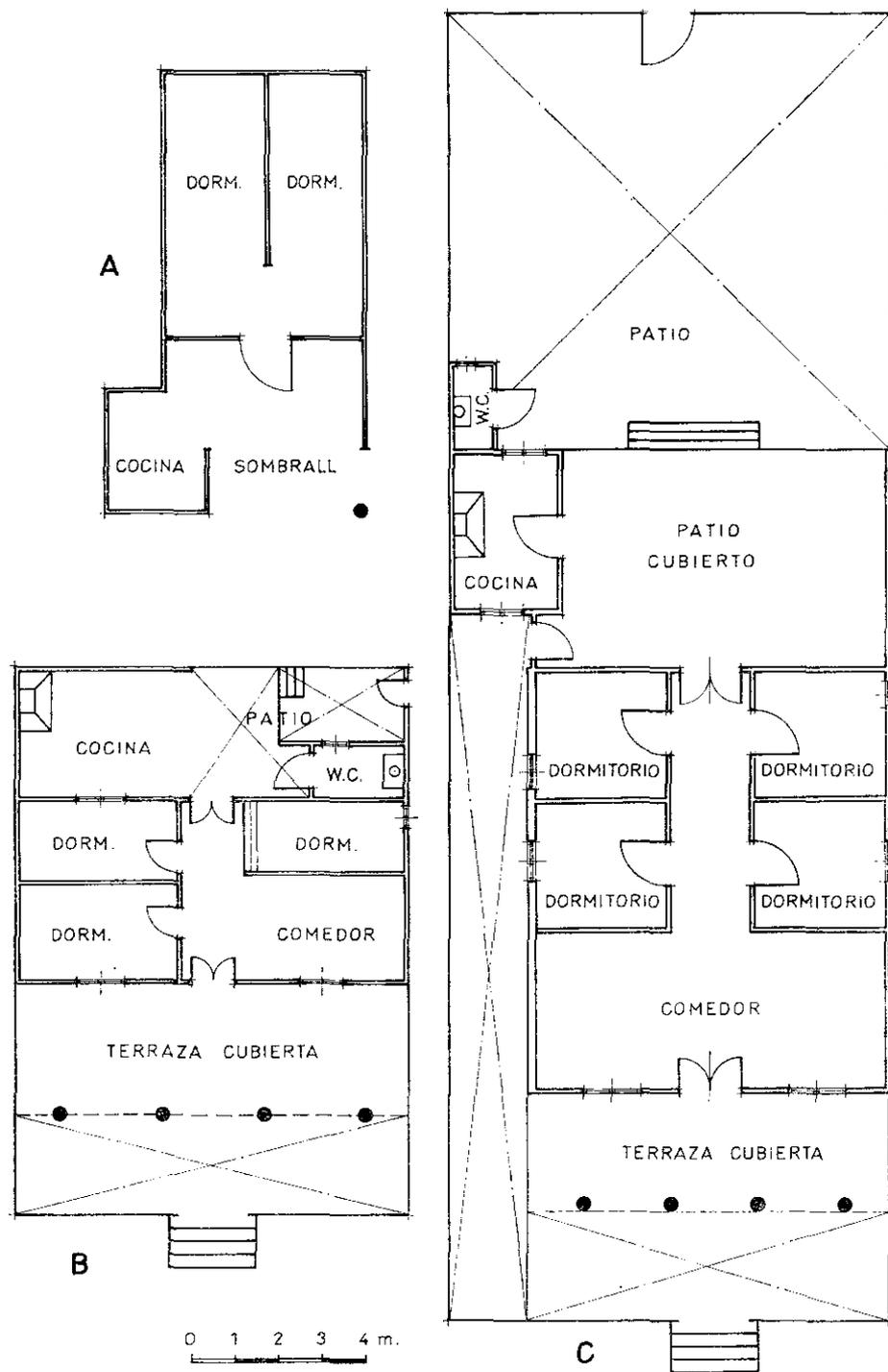


Fig. 1.—Oliva. A, plano de una barraca de senill; B y C, planos de casas de la playa tradicionales, pequeña y grande.

en cambio el taray o *tamarit*, espontáneo en los arenales húmedos es tortuoso y apenas ofrece secciones rectas cortas. Otro puntal, o más, se dispone en el centro para sostener mejor el techo; a falta de ellos también se usaba a veces un haz de dos o tres cañas gruesas. La techumbre era también de manojos de *senill*, atados entre cañas y a dos vertientes, pero en el ejemplo estudiado es ya de uralita ondulada puesto que no se desmonta. Sólo dispone de un hueco para la puerta de madera en la parte delantera; en el interior, en casi toda la longitud, hay un tabique igualmente de carrizo que separa dos dormitorios (fig. 1).

Delante se adosa un sombrero o *sombrall*, del mismo material y también sostenido por pies derechos, con un trozo de pared en un lateral; por el otro avanza en ángulo para formar un cubículo, más resguardado, que aloja la cocina, hoy un hornillo bajo de butano, con unos vasares de madera. Antaño, cuando era a la vez vivienda de trabajo temporal campesino, en un lado del *sombrall*, cerrado por el sitio más expuesto a la lluvia, estaba también la caballería. Una mesa baja y unas sillas en el sombrero, unas camas sencillas, antaño catres o rústicos colchones en el suelo, son casi el único mobiliario. No hay servicio higiénico, el agua de uso doméstico se obtiene de un somero pozo inmediato y también dispone de rústico depósito formado por un gran bidón horizontal.

Esta barraca, mediante el añadido de paredes para obtener más espacio interior y del *sombrall*, deriva sin duda de los simples abrigos o cabañas constituidos por dos planos inclinados o *barraquetes de camp* de la Albufera de Valencia (27, p. 78). Formas y materiales análogos tienen en la Huerta de Valencia algunas barracas-establos o para guardar el carro y ciertas *ceberes* o *barraquetes de cebes* (para guardar cebollas), aunque éstas más alargadas y estrechas (27, pp. 68-74). En cambio las antiguas y muy elementales barracas de pescadores del Puig o las meridionales, ya con paredes de barro o de adobes, representan una forma de transición a la que luego aludiremos. Barracas más desarrolladas, como las genuinas de la Huerta de Valencia, debían ser muy escasas en la de Gandía; no se refiere a ellas Cavanilles y en 1950 sólo se citan algunas en Daimús (11, p. 315).

La barraca de madera

Puede tener cierta relación con las casetas de este material, destinadas al cambio de ropa y hoy inexistentes.

La barraca de madera⁶ es también construcción temporal, desmontable y estrictamente de veraneo, pero supone una notable evolución respecto a la barraca de *senill*, a la cual sustituyó en algunas playas al prohibirse ésta. Es más amplia, ofrece comodidades mucho mayores —que aún pueden mejorarse— y las posibilidades de supervivencia son imprecisas. Por su mayor categoría

⁶ En este caso no suele emplearse la voz valenciana *fusta*.

fueron a veces llamadas *casetes de madera*, a diferencia de las de ladrillo y teja o *casetes d'obra*, pero se ha impuesto el de *barraques de madera*, o simplemente *barraques* al desaparecer las de carrizo. Construcciones de este tipo sólo se encuentran hoy en las playas de Oliva y de Tavernes, una treintena en total; antaño existieron en otros lugares, incluso alejados, como en la playa de la Albufereta, próxima a Alicante, hasta los años 50.

En Oliva se disponen alineadas en el extremo meridional de la playa misma, a continuación del caserío y delante de la duna; también hay cinco detrás, en un hondo entre cañas y tarays. El suelo es de madera, sobre pequeños pilotes para obtener un suelo aislado y horizontal; en dos o tres casos se hace con una lechada de cemento directamente sobre la arena, con un ligero allanado previo; luego ha de romperse —lo que es fácil— al desmontar la barraca. Generalmente son las mismas personas todos los años y se mantiene tácitamente el puesto; si alguien prescinde de la barraca se suelen correr las otras, ya que se prefiere la mayor proximidad al poblado.

El plano es rectangular en profundidad y perpendicular al mar, con dos partes esenciales: el cuerpo de la vivienda y la terraza delantera; detrás se adosa un cubículo para el retrete y a veces la cocina. Las paredes son de tablas ensambladas o también de planchas de cartón-piedra atornilladas a un armazón de madera; en los últimos años se emplea en algunas la chapa metálica galvanizada, de mayor duración; no convienen las placas de fibrocemento porque es frecuente la rotura de los bordes en los repetidos montajes. En algún caso son más pobres, de tablas toscas y latas que recuerdan las chabolas suburbanas de las grandes ciudades. El techo es de uralita ondulada, a dos vertientes, poco inclinadas, y caballete perpendicular a la fachada; ha dado excelente resultado un ensayo reciente de revestir por dentro con placas de poliuretano como aislante del fuerte calor. El interior se divide en habitaciones, habitualmente cuatro, y en general mediante simples cortinas. Delante se abre la puerta, lateral o central, con una o dos ventanas respectivamente y también suele haber otras pequeñas en los lados, en algún caso con celosía de tablillas inclinadas para impedir la entrada del sol y fácil aireación. Otra puerta atrás da salida al camino de la duna; el paso sobre la ardiente arena es incómodo y se suele disponer un corto sendero con tablas o cartones.

Elemento también esencial es la terraza delantera, al mismo nivel; se cubre con la prolongación del techo de la vivienda o más bajo, se rodea de rústica barandilla de madera y delante posee unos estrechos escalones. Para defensa del sol y el viento tiene delante y a los lados anchas persianas o en algún caso planchas abatibles hacia arriba que se pueden mantener semiabiertas mediante puntales oblicuos.

La cocina, hoy del omnipresente butano, se dispone lateralmente en el interior o bien se adosa detrás. Allí aparece también un cubículo separado para el retrete; éste consistía antaño en el llamado *comú*, un simple cajón de madera con una abertura arriba, sobre un pequeño pozo en la arena; hoy es la habitual taza de cerámica blanca con sifón.

El agua potable se trae en vasijas desde el poblado, antaño hubo una conducción luego suprimida. Para usos domésticos se obtiene de pozos someros, dos metros o poco más, situados delante o detrás; aunque puede beberse, este agua «blanda» (*aigua molla*) no es gustosa, aparte de posible contaminación.

Algunas barracas disponen de agua corriente que se eleva con bomba y se almacena en un depósito exterior arriba. Para abrir el pozo se hace una ancha excavación cónica hasta llegar al nivel acuífero y se establece un dispositivo para obtener el espacio cilíndrico y contener la arena; la forma primitiva consistía en unos postes delgados o unas cañas y sujetos a ellos unas fajas de *senill*, o mejor varios barriles abiertos de los utilizados para salazones; en la actualidad se emplean un par de bidones de lubricantes y otro como brocal; después se rellena otra vez de arena el hueco exterior. Unos postes para sostener la garrucha completan el dispositivo, y al lado alguna banqueta con el lebrillo de cinc o plástico o incluso una pequeña pila de lavar. El pozo suele mantenerse de un año para otro; para ello se quita el último bidón, se tapa con una tabla gruesa y se cubre de arena.

La barraca es vivienda exclusivamente temporal, desde comienzos de julio hasta septiembre, aunque alguna ya se monta en Pascua de Resurrección (se tarda un día en la operación) para ser utilizada los fines de semana. Después del veraneo se desmonta y los elementos se guardan apilados en alguna casa de la playa o se trasladan al pueblo. Los usuarios, comerciantes o empleados modestos y obreros de las localidades próximas, son los propietarios, pues rara vez se alquilan; las construyen ellos mismos, si son habilidosos, o se encargan a un carpintero, pero en tal caso el precio asciende hoy a unas 75.000 ó 100.000 pesetas. Disponen de luz eléctrica mediante un tendido auxiliar desde el poblado, y para plantar la barraca se ha de solicitar el oportuno permiso administrativo que, en el año 1977, ascendía a unas 2.500 pesetas.

Pintadas las paredes de blanco, azul, verde u ocre, bien construidas la mayoría, con una vida casi al aire libre, componen una estampa popular, colorista y animada; quizás un tanto desfasada del tiempo actual, pese a alguna antena de televisión, pero en cierta congruencia con esta playa de Oliva aún bastante tradicional.

En la de Tavernes de Valldigna hay otro grupo pequeño, de once casas de madera sobre pilotes, todas de excelente calidad, con techumbre de la terraza, más baja que el resto, perfectamente pintadas y con ventanas encristaladas, incluso con macizos de flores delante y algún rótulo de «villa...». Emplazadas en el extremo N de la playa, en tercera línea, casi ocultas por los altos bloques de apartamentos, quedan totalmente inadvertidas y son ya un elemento insignificante en el conjunto fuertemente urbanizado.

La caseta de la mar

La localización típica es en la duna, poco elevada normalmente, medio o metro y medio sobre el suave plano de la playa; es la posición más aireada

y la más próxima al mar, evitando la humedad y los efectos de los temporales, dadas las insignificantes mareas mediterráneas; apenas se recuerda algún caso en que llegara el agua al pie de las casas. Salvo las travesías de acceso, las viviendas están yuxtapuestas, y detrás se extiende una calle longitudinal con construcciones algo diferentes, antiguas, de pescadores o también de veraneo. Más tarde, con el auge de éste se ha añadido alguna calle más y otras cortas transversales. En ciertos casos existen también pequeñas casas más atrás, lindando con la huerta, pero más espaciadas y frecuentemente con un pequeño jardín.

Antes de describir la casa genuina ha de mencionarse un tipo de transición, ya muy escaso. Consiste en cubrir con barro o yeso las débiles paredes de la barraca de carrizo, o mejor sobre cañizo sostenido con puntales, la techumbre ya es de teja curva. Resultan así mucho más consistentes contra el viento o las lluvias e incluso se hacían de ladrillo, pero aún de pequeño tamaño, interior muy simple y el *sombrall* cubierto de *senill* o cañas. Todavía quedan cuatro de este tipo en Oliva, sobre la duna y en el extremo meridional. Esta forma de pared es semejante a la más primitiva de las barracas en la zona al S de la Huerta de Valencia (El Perelló, Riola, Fortaleny) o de la Huerta de Orihuela (27, p. 17; 4, p. 118; 8, p. 49).

En el tipo normal de casas de la playa, a veces de tamaño reducido, es corriente la denominación *caseta de la mar*. El plano recuerda en parte a la vivienda rural, pero con las naturales modificaciones para el uso estricto durante el veraneo, y consta generalmente de tres elementos en profundidad: una terraza delantera, techada o no, el cuerpo central con las habitaciones y detrás un patio, en parte cubierto, con la cocina. La terraza (*terrassa*) es amplia y no falta nunca en las casas situadas en la duna; se accede a ella por delante mediante varios escalones en el centro desde la playa; le rodea un murete, muy bajo por los lados, lo cual permite el paso de una a otra y supone una gran convivencia entre las casas inmediatas adosadas. En las más antiguas y modestas se halla al descubierto, bajo el sol ardiente; la explicación probable es que, aparte del baño, durante el día se permanecía más en el interior o en el patio sombreado, mientras que en el fresco atardecer se utilizaba la terraza, ya en sombra dada la orientación general a saliente; en algún caso parece que se disponía un sombrero de cañas. En las casas mejores y desde luego en las más modernas o remozadas, la terraza lleva en su mitad o dos terceras partes una cubierta adintelada, sostenida por dos o cuatro pilares de ladrillo o cemento, menos veces columnas; sólo en casas recientes o remozadas se disponen a veces falsos arcos; con frecuencia se denomina también porche (*porxo*); protegida así del sol es ya de uso todo el día. En el frontis es corriente un murete bajo, en bastantes ocasiones con algún perfil curvo o una balaustrada y adornos o florones, a veces de cerámica vidriada; desde abajo semeja otra terraza superior, pero en muy raras casas es practicable como tal.

En el cuerpo central se hallan las habitaciones. El tipo genuino es de una

sola planta y techo elevado, 4-4'25 m, lo que contribuye a la frescura. Hay un pasillo central o lateral y dos o más ventanas en la fachada, según la amplitud de la casa. Para defensa de la luz mañanera, sobre todo si la terraza es descubierta, las ventanas tienen persianas o contraventanas exteriores en celosía y en la puerta una persiana, antes de cañas. En el tipo de pasillo central, delante hay una amplia pieza que ocupa todo el ancho de la casa o bien sólo el pasillo y uno de los lados, es el comedor-cuarto de estar, y detrás dormitorios a ambos lados del pasillo; en el otro tipo la pieza principal delantera ocupa todo el ancho y detrás un par de dormitorios a un lado del pasillo. El mobiliario era antaño muy somero y transportado para la temporada en la mayoría de los casos; hoy suele ser permanente y más variado.

El tercer elemento es el patio posterior, rodeado de altos muros de aislamiento y más o menos grande según que llegue hasta la calle posterior o en ésta se adose otra casa menor; dicho patio se dispone en dos planos para salvar el desnivel de la duna. El inferior está al nivel de la calle y descubierto (*pati*), frecuentemente emparrado, con salida posterior o lateral y adornado con algunos tiestos; si es grande tiene unos macizos de flores o incluso algún arbusto o arbolillo; a veces se ha convertido en garaje, traducido al exterior por una puerta cochera. El segundo plano está a nivel de la casa y cubierto total o parcialmente (*pati cobert*), con tejado inclinado hacia delante; allí está la cocina, resguardada en un rincón pero abierta generalmente, ya que sólo se utiliza en esta época estival; si es necesario se protege del sol con una persiana; esta posición es típica de la casa playera, a diferencia de la campesina de la comarca, en la cual está adentro (11, p. 322), y recuerda la situación en gran parte de las barracas de la Huerta de Valencia con la cocina en el edificio anejo, en el caso de la barraca doble y otro exterior en un cubículo propio independiente (6, pp. 194 y 104; 27, pp. 52-54); el viejo fogón de carbón de encina ha sido sustituido por el de butano, pero se conserva la pequeña campana de la chimenea. El fregadero, un armario o alacena, algún vasar y una pequeña mesa completan la cocina y hoy se añade el frigorífico; en cambio falta ya —o sólo es un adorno— la cantarera, puesto que se dispone de agua corriente; en algunas casas se mantiene el antiguo pozo, pero más bien como elemento decorativo. En un lado del patio está también el lavabo que ha sustituido el viejo *comú* sobre pozo ciego; por supuesto, en las casas remozadas ya se han instalado cuartos de baño. Si el patio es grande, también se utiliza para comedor o como sitio de estar al aire libre más aislado que la terraza o cuando se carece de ésta.

La construcción, sin apenas cimientos, es de ladrillo, bastante alta, con techumbre de teja curva y a dos vertientes, generalmente paralelas a la fachada. Esta se encala o pinta de vivos colores: azul, verde u ocre, pronto desvaídos por el sol y el aire salado. Las ventanas suelen carecer de rejas, seguramente por la confiada convivencia tradicional; en cambio ya aparecen en casas y chalés modernos y sobre todo en otros núcleos de muy variada población estival.

En bastantes casos los arreglos recientes alteran la fisonomía. En la terraza, mediante falsos arcos, celosías laterales de ladrillo que aíslan bastante, suelos cerámicos de mejor calidad, escalones más anchos, etc.; en la fachada, con azulejos de colores o dibujos, puertas y ventanas más amplias, carpintería de mejor calidad o más vistosa, persianas enrollables de plástico, etc. En el interior, mediante solados más ricos, cocina cerrada, cuarto de baño e incluso chimenea en el cuarto de estar, debido a la tendencia actual a utilizar también la casa en el invierno durante los fines de semana.

No suelen poseer terraza las casas de la calle posterior y las más antiguas en las transversales inmediatas, pero otra vez es habitual y cubierta en las construidas después, pero ya menos elevadas, con terraza más estrecha, y no es raro un minúsculo jardín delantero algo más bajo, con pequeño muro o verja: consiste simplemente en un árbol o arbustos y algunos macizos de flores en pequeños arriates o alcorques en el pavimento embaldosado. Este jardincillo aparece también en casas algo más antiguas con ciertas apariencias de «villas», falsos arcos, etc.; por ejemplo, en la playa de Piles las situadas en la avenida que da acceso a la localidad. Por último, casi siempre son recientes las casas de dos plantas, en unas ocasiones se inspiran en el modelo tradicional, pero en otras la forma e incluso la función corresponden ya al apartamento doble en altura.

EVOLUCIÓN DE LOS NÚCLEOS PLAYEROS

Las construcciones modernas

La transformación moderna presenta tipos de construcciones muy diferentes, a las cuales aludimos de manera muy breve, sólo en la medida necesaria para resumir la evolución de los núcleos playeros.

Aunque no es una edificación, han de citarse también las tiendas de campaña, en cierto modo sucesoras actuales de las viejas barracas de carrizo, pero, en general, no utilizadas por gentes de la comarca. Salvo alguna aislada, se agrupan en terrenos de acampada o «campings» dispuestos para ello, inmediatos a la ribera, cerca de los poblados o, con más frecuencia, algo apartados; aunque tienen bastante importancia en el movimiento turístico general de la comarca, sólo significan un detalle, muy colorista, en la fisonomía del litoral.

Entre las construcciones, un primer tipo, equivalente moderno de la casa tradicional de veraneo, corresponde al llamado genéricamente «chalé», que supone una notable ocupación de suelo, hoy muy valioso; por ello sólo aparecen de manera dispersa entre el caserío tradicional o en sus bordes, salvo algún conjunto así planificado como en Miramar y en primera línea. Suelen tener una sola planta y muy variados planos y alzadas; no son frecuentes las formas exóticas o audaces y en bastantes casos no se apartan en exceso de las casas tradicionales en el aire general, aunque siempre más bajos y gene-

ralmente de techo plano o muy poco inclinado. Adoptan la disposición exenta y suelen tener un pequeño jardín delantero o bien detrás, al resguardo del aire marino, si están en primera línea.

Muy distinto es el bloque para varias viviendas o «apartamentos», en propiedad o alquiler, de muy diversas categorías y tamaños, aglomerados o con espacios más amplios intermedios. Son los que por su número y volumen definen hoy totalmente la fisonomía de los poblados, salvo la excepción de Oliva. Pero las formas de conjunto son muy variadas, desde las agrupaciones poco densas con edificios exentos de tres plantas, que aparecen en esa localidad, hasta las masas apretadas de grandes bloques y aun torres de una decena o más de pisos, dominantes en Gandía, con todas las gradaciones intermedias en las restantes playas. Así, se pueden distinguir varios subtipos. El más simple es el edificio pequeño, de dos viviendas en dos plantas, generalmente adosado a otro y con escalera lateral, muchas veces abierta. Sólo la forma y el gran volado de la terraza superior cubierta, pero no el tamaño ni, muchas veces, el emplazamiento, suponen diversidad excesiva respecto a la casa de dos pisos de corte tradicional. Mayor diferencia representa el bloque de tres o cuatro plantas, también con amplias balconadas o terrazas voladas, escalera central, también muchas veces abierta, con una sola vivienda en la planta baja y a veces garaje (en muchos casos no utilizado como tal) y dos viviendas en las otras plantas. Si además se construyen exentos y las calles son de cierta amplitud, como en buena parte de la playa de Oliva, son muy elogiables para evitar aglomeraciones y la desafortada especulación del suelo.

Pero la mayoría de los lugares padecen otros tipos más macizos y representativos de la tendencia actual. Son bloques mayores y con frecuencia más elevados, de seis u ocho pisos, sin espacios intermedios o muy estrechos, a veces verdaderos callejones, y en calles de poca amplitud relativa; la masificación es muy acentuada y se traduce en la aglomeración de personas en las playas y en las calles según las horas. Finalmente, es frecuente en Gandía, y con ejemplos en otras playas, el bloque aún mayor y más elevado, de diez y hasta quince pisos, a veces verdaderas torres que semejan absurdos rascacielos playeros. En algunas ocasiones los edificios tienen belleza en sus líneas y en la composición de volúmenes y disponen de adecuados espacios intermedios, mediante retranqueo, para circulación, estacionamiento de vehículos y jardines, o bien se disponen delante elementos más bajos. Pero en la mayoría de los casos se concentran demasiado, en varias alineaciones sucesivas, y forman verdaderas cortinas de pesados paralelepípedos de cemento que cierran totalmente la vista, como es el caso extremo de Gandía. Los matices son muy diversos según la voracidad de muchos constructores especuladores y la errónea visión o la desidia —¿comprometida en ocasiones?— de las autoridades; el resultado ya habitual es la alteración brutal del paisaje, con graves secuelas ecológicas, irreversibles o muy difíciles de corregir y sobre las cuales tampoco se manifiesta, en la medida necesaria, la atención oficial, única que podría atenuar los daños actuales y evitar los futuros.

La importancia geográfica y socioeconómica es incomparable con la del veraneo tradicional y por ello es también la forma más conocida; en cambio aquél, iniciador del movimiento hacia las playas, casi ha desaparecido o se ha transformado en la mayoría de los lugares, aunque se mantiene todavía en otros.

Antaño los principales sitios de veraneo eran los más próximos a las ciudades mayores, especialmente Gandía y Oliva; hoy las circunstancias son otras y dentro de los similares caracteres de situación hay otros aleatorios de gran influencia, como son la iniciativa de las empresas, la propaganda, la moda, el atractivo que, incluso en verano, tienen para muchas gentes los lugares populosos con mayores notas urbanas, etc.; todo ello origina interacciones mutuas que aceleran el desarrollo de ciertos sitios, los cuales se convierten, a su vez, en focos de irradiación. También la aglomeración excesiva en un lugar puede favorecer a otros cercanos más tranquilos, y en general más baratos, que inician una evolución semejante. También hay factores opuestos, como son el mantenimiento de costumbres más tradicionales en ciertas colectividades, las limitaciones locales sobre las grandes construcciones, la espera en mayor revalorización del suelo, etc.

En conjunto, y salvo algún motivo dominante, la pervivencia del veraneo tradicional está en relación directa con la mayor distancia de los grandes focos turísticos contemporáneos. En esta comarca el principal es Gandía y así la transformación disminuye, en gradación bien perceptible, desde allí hacia el S, en las sucesivas playas de Daimús, Bellreguard, Miramar, Piles y Oliva. Esta última es la que aún conserva intacta en buena parte la fisonomía tradicional —y en ella centramos el estudio— pese a ser la segunda ciudad de la comarca, poco menos populosa que Gandía; han colaborado de forma decisiva el evidente deseo de mantener su veraneo tradicional y la prohibición, hasta ahora mantenida, de las edificaciones en masa. Al N de Gandía la playa de Jaraco se encuentra ya en transformación y se acentúa en la de Tavernes, que corresponde al tercer núcleo de población, próximo a Cullera, también gran foco turístico de enorme aglomeración.

El plano de los poblados, alargado, con una calle longitudinal paralela a la playa, a la cual se han añadido después otras y cortas transversales, ofrece escasas diferencias salvo la extensión. La única notable es cuando existe en primera línea un «paseo marítimo» más o menos ancho, enjardinado o no y con calzada adyacente o sin ella; son diversas las combinaciones, desde la playa de Gandía, con todos esos elementos, hasta la de Oliva, sin ninguno, con las formas intermedias de Miramar y Bellreguard, con paseo, etc. También introduce cierta variedad la amplitud de las calles nuevas posteriores y laterales: en Jaraco la segunda es muy ancha y con jardines centrales; en Oliva son bastante amplias la segunda y la tercera, etc. Gandía es un caso aparte por su desarrollo mucho mayor y la presencia del viejo Grao inmediato.

Pero la importancia decisiva en la fisonomía corresponde al tipo y volumen de las edificaciones. También son muy diversas las combinaciones dentro

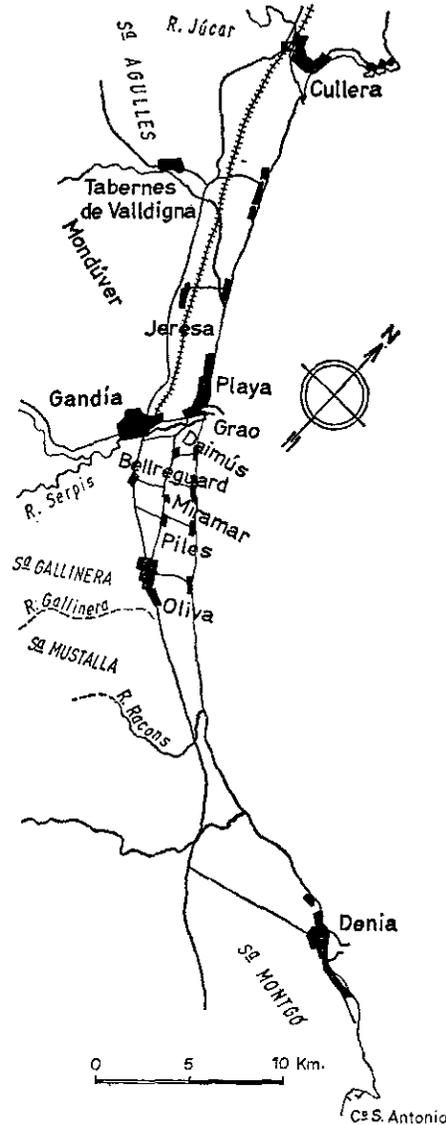


Fig. 2.—Núcleos playeros en la costa de la Safor y de la Vallidigna.

de la evolución ya señalada, con Gandía y Oliva en los extremos. Nos referimos con mayor detalle a esta última, la más tradicional, y después una brevísima imagen de las otras.

Oliva

El plano general del núcleo playero es alargado y muy simple; consiste esencialmente en dos calles paralelas a la ribera (Virgen del Mar, o simplemente del Mar, y Roger de Lauria) y cortas transversales, todas alargadas en los

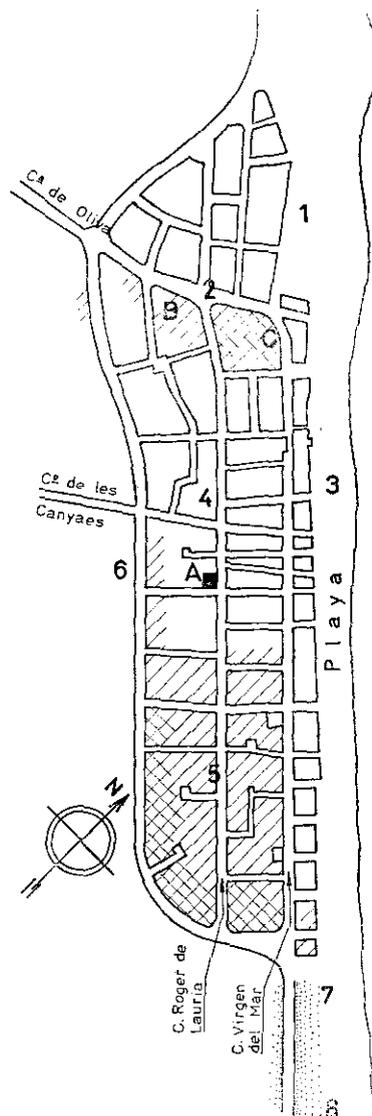


Fig. 3.—Croquis de la playa de Oliva. A, casa de Pau Pi; B, hotel; C, cine. Los números corresponden a los sectores indicados en el texto. En blanco, predominio de casas de una o dos plantas; rayado, "apartamentos" en bloques pequeños exentos (tres plantas); doble rayado, bloques mayores compactos (cinco plantas).

últimos decenios, en que también se ha abierto una exterior o vía de Ronda; la expansión reciente ha tenido lugar hacia el S y tierra adentro con la construcción de nuevas casas, chalés y bloques de apartamentos. Pero la mayoría de éstos son pequeños y exentos, de tres plantas y muy parecidos entre sí; sólo en el acceso de la carretera y extremo S son bloques mayores y de cuatro o cinco pisos. En conjunto el lugar conserva aún una fisonomía bastante plana y abierta que se traduce en la menor densidad humana y en el ambiente más reposado, todavía con fuertes rasgos de convivencia enraizada.

Todo distinto por completo de las aglomeraciones macizas e impersonales de otras playas.

Aunque hay interpenetraciones de unas edificaciones con otras pueden distinguirse varios espacios menores dentro del conjunto, según se indica de una manera general en la figura. Una representación más detallada hubiera sido muy confusa y además sólo disponíamos de un croquis del lugar sin escala.

1. Al N de la carretera, de cara al mar, estaban las casas de pescadores y almacenes desaparecidos. Allí predominan todavía las construcciones de una planta, con terraza descubierta y pasillo central, otras cinco renovadas con porche, cinco más de dos plantas de tipo chalé y, en el extremo, quedan varias pequeñas de pescadores, con techumbre paralela, renovada con uralita y común. En la calle de atrás y en las transversales alternan casas tradicionales sin porche o con él y en las otras no faltan huertos, un bloque de apartamentos y algunos chalés de una planta.
2. En la entrada de la carretera queda alguna casa tradicional sin porche, pero allí se ha producido bastante renovación, con un hotel y un amplio bloque de apartamentos con bajos comerciales y cuatro pisos. Es el sitio más animado con sus establecimientos diversos y el cine.
3. El frente de la playa mantiene su perfil tendido con casas de una o dos plantas, en notable armonía con el paisaje total, aunque ahora ya hay cierta variedad de detalles debido a los arreglos o construcciones nuevas. En general, se aprecia en la mitad N mayor predominio de los tipos tradicionales, mientras que los recientes abundan más en la mitad S. De una forma sólo indicativa y aproximada —los matices son muchos y obligarían a un casuismo excesivo— puede decirse que se mantienen todavía numerosas *casetes de la mar* genuinas, más de una quincena sin porche y cerca de una treintena con él. A ellas se une otra treintena de dos plantas que, en la mitad S, sobre todo, corresponden la mayoría al tipo reciente de dos «apartamentos» en altura (adosados a los edificios contiguos), con escalera exterior y la terraza superior volada. No faltan tampoco ejemplos de formas diversas: de una planta extensa y tejado a cuatro aguas, varias de dos con escalera interior, algunos de tres (incluso uno con empizarrado en la techumbre), etc., pero su escaso número apenas influye en la fisonomía general.
4. Corresponde otro espacio al sector central. En la calle del Mar predominan casas de una planta que abren directamente a la calle, sin terraza, o bien aparece la parte posterior de casas de la playa; el conjunto, en que domina el encalado de las paredes, es muy luminoso y aún tiene carácter tradicional muy marcado; no lo altera la existencia de algunos comercios, casi ninguno llamativo. En la otra calle para-

lela y en las transversas dominan todavía las casas de tipo tradicional, incluso se conserva la vieja de Pau Pi, grande y de aspecto semirural, que a veces ha dado nombre familiar a la playa, pero bastantes son ya más modernas con terraza cubierta, chalés (alguno con pequeño jardín) y sólo dos bloques pequeños de apartamentos.

5. Estos últimos dominan en la mitad meridional y determinan una fisonomía totalmente nueva. En el extremo S son más compactos y algo más elevados, con planta baja comercial y cuatro pisos, en simetría con el otro frente septentrional.
6. En la vía de Ronda, en el límite con la huerta, hay casas tradicionales, algunas más retiradas y con pequeño huerto-jardín delantero, varios chalés de una planta y algunos bloques de apartamentos.
7. Finalmente ha de mencionarse, al S de la zona edificada, la línea de barracas delante de la duna y otras en agrupación más abierta detrás.

Poblados intermedios

El núcleo playero de *Piles*, próximo al de Oliva, es pequeño y representa la fase inmediata en la evolución. Sobre la duna, con salida directa a la playa, hay casi medio centenar de casas, de las cuales una quincena de una planta y sin porche, otras tantas con él —algunas ya modernas— y un número semejante de dos plantas e incluso una de tres. En la calle posterior aparecen en el extremo ocho casas de una planta con porche, pero lo general son ya bloques de apartamentos de seis u ocho pisos. En la calle de acceso del interior se encuentran tipos variados, a señalar algunas casas con porche y jardincillo, un tanto recargadas, como ya se indicó.

Miramar, más al N, presenta una evolución mayor. La duna ya ha sido totalmente urbanizada con un pequeño y cuidado paseo de baldosas de colores y allí, mediante una promoción particular, presenta el rasgo original de una treintena de chalés modernos, bajos, de perfil plano, y detrás, jardín y cochera. Solamente en el extremo meridional de la playa, sobre la duna, quedan un par de casas tradicionales, mientras que una decena, al N, son ya modernas. En la calle posterior, con arbolado de acacias, la segunda fila está constituida por bloques de apartamentos de volumen regular, la mayoría de cinco pisos.

Bellreguard está separada de la anterior por un riachuelo que salva un puente. Tiene también paseo, más amplio. En primera línea ya dominan los bloques de tres o cuatro plantas, alguno de ocho o diez e incluso uno de quince. Sólo quedan un par de casas tradicionales y media docena modernas de dos plantas, la inferior como semisótano en unos casos, y en otros diáfana, sobre pilares, y aprovechada como garaje. En la calle posterior se elevan bloques de varios pisos, salvo algunas casas tradicionales. El neto predominio de edificios más altos y las calles de poca amplitud determinan ya una aglomeración notable.

También se encuentra un paseo sobre la duna en *Daimús*, con la originalidad de situarse allí, además de un restaurante, varios campos pequeños para deportes y juegos infantiles. La primera línea de edificios está ya constituida por bloques de apartamentos.

Al N de Gandía, la playa de *Jaraco* responde también a formas casi exclusivamente modernas. Detrás de la duna aún se mantienen tres casas tradicionales sin porche y una con él, junto con chalés recientes y pequeños apartamentos de dos plantas. Más atrás ya aparecen bloques mayores de cuatro a seis pisos. En la calle posterior, apartamentos y sólo alguna casa pequeña.

El desarrollo ha sido mayor en *Tavernes de Valldigna*, probablemente por influencia de las próximas Cullera y Gandía y por corresponder a una ciudad de importancia agrícola y con industrias modernas. Así, al veraneo tradicional se ha unido el moderno en notable escala. En primera línea aparecen una quincena de edificios en que se mezclan casas tradicionales con porches y chalés variados. Detrás, una amplia calle con andén central enjardinado, que confiere notable amplitud al conjunto, y allí una doble línea de bloques de apartamentos, la mayoría son de cinco plantas, salvo alguno más grande e incluso uno de diez, en muchos casos la inferior destinada a comercio. Rasgo específico, recuerdo del pasado, es un grupo de once casas de madera, sumamente pulcras, en el extremo N y en última línea, por lo cual pasan casi inadvertidas.

Gandía

Como se ha indicado en varias ocasiones, representa el caso de mayor desarrollo en este litoral y verdaderamente extraordinario. Las edificaciones de veraneo se encuentran al N del viejo Grao; en la calle paralela al muelle septentrional, grandes casas con frondosos jardines pertenecen a un próximo pasado opulento. Después, en la playa misma, las construcciones tradicionales han sido casi barridas por la avalancha moderna. Junto a la ancha faja de arena —seguramente ampliada por el efecto de la detención de los diques del puerto ante la deriva marina del NE, como en todo el abierto seno valenciano— el paseo y la calzada, muy amplios, suponen bastante alejamiento en los edificios, además algunos están retranqueados y con jardines o elementos más bajos delante, pero la totalidad forma una alta cortina que cierra por completo la vista hacia el interior. La expansión ha sido tal, que, inmediatamente después del inaudito caso de Benidorm, es el segundo núcleo de la costa valenciana, incluso por delante de la playa alicantina de San Juan con la cual tiene cierto parecido; sin embargo, por el mayor espacio, no llega al apañamiento del cabo de Cullera o de la Albufereta alicantina.

Los altos edificios varían en detalle, pero el conjunto es macizo por el predominio de grandes bloques de cinco plantas, también bastantes de seis a nueve, sobre los cuales aún se elevan más otros de once a doce y aun uno de catorce y otro de dieciséis. En la primera mitad todavía se mezclan,

rompiendo algo la compacidad, otras casas de tipos diversos: una docena de una planta (alguna tradicional o modernizada), otras amplias y exentas a cuatro aguas, varias de dos plantas, etc., y no faltan los jardines; en un par de casas el porche tiene, para mejor defensa del sol, unas mamparas colgantes de tablillas pintadas que dan una curiosa imagen pasada. Más allá, en la mitad N de la playa, ya es total el predominio agobiante de grandes bloques o torres y así continúa la expansión.

* * *

El veraneo tradicional está en completo retroceso ante la oleada moderna. El fenómeno socioeconómico que suponen las vacaciones extendidas a grandes masas es positivo en general. Pero con otros tipos de política y planificación urbanas podría haber sido compatible con un desarrollo más armónico y no el desmesurado y a veces caótico que hoy domina. Muchos hechos son ya irreversibles y sólo cabe intentar que normas más racionales sirvan de pauta en el futuro, aunque no hay muchos vislumbres inmediatos de ello. De cualquier manera, ciertas formas derivadas del veraneo tradicional deberían conservarse como un paisaje cultural que está amenazado de total desaparición.

BIBLIOGRAFIA ⁷

1. ARROYO ILERA, FERNANDO, "El sistema de riegos de Tabernes de Valldigna", *Estudios Geográficos*, núms. 112-113, 1968, pp. 659-692.
2. Id., "La industria del mueble en Tabernes de Valldigna", *Cuadernos de Geografía*, núm. 5, Valencia, 1968, pp. 215-231.
3. BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1975, 8.ª ed., t. I, 1.663 pp.
4. BLAY NAVARRO, JUAN, *Documentos y datos para la historia de la ciudad de Oliva*, Valencia, ECIR Ind. Gráf., 1960, 684 pp.
5. BURRIEL DE ORUETA, EUGENIO, *La Huerta de Valencia. Zona Sur*, Valencia, Dip. Prov.-Caja de Ahorros, 1971, 624 pp.
6. CASAS TORRES, JOSÉ ML., *La vivienda y los núcleos de población rurales en la Huerta de Valencia*, Madrid, Inst. "Juan Sebastián Elcano" (CSIC), 1944, XI+321 pp.
7. CAVANILLES, ANTONIO JOSEPH, *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía... del Reyno de Valencia*, Madrid, Imp. Real, 1795-1797, 2 vols. (2.ª ed., Zaragoza, Dep. Geografía Aplicada-Inst. "J. Sebastián Elcano", CSIC; ed. fac., Valencia, Gráf. Soler, 1972, 2 vols.).
8. CISCAR PEIRÓ, AMPARO, "La barraca del Bajo Segura", *Cuadernos de Geografía*, núm. 14, Valencia, 1974, pp. 46-60.
9. ESCOLANO, GASPARD DE, *Década primera de la Historia de la... Ciudad y Reyno de Valencia*, Valencia, 1611; ed. fac., Valencia, Dep. Historia Moderna de la Univ., 1972, 4 vols.

⁷ He de expresar mi sincero agradecimiento por la información oral facilitada, especialmente por doña Elena Millet, don Ricardo Martínez, don Salvador Climent, compañero también en algún recorrido por la huerta.

10. FIGUERAS PACHECO, FRANCISCO, "Provincia de Alicante", Barcelona, A. Martín, s. a. (hacia 1914, según nota p. 355), 1.210 pp. En *Geografía General del Reino de Valencia*, dir. por F. Carreras Candi.
11. FONTAVELLA GONZÁLEZ, VICENTE, *La Huerta de Gandía*, Zaragoza, Inst. "J. Sebastián Elcano" (CSIC), 1952, XV+404 pp.
12. GIL CRESPO, ADELA, "Degradación del paisaje mediterráneo tradicional por la influencia del turismo", *Bol. Soc. Geográfica*, CIX, 1973, pp. 22-36.
13. GOZÁLVEZ PÉREZ, VICENTE, *Santa Pola. Urbanismo. Economía. Población*, Alicante, Círculo de Economía-Dep. Geografía Univ. Valencia, 1976, 120 pp.
14. KUNOW, PAUL, *El clima de Valencia y Baleares*, Valencia, Fac. Filosofía y Letras, 1966, 239 pp.
15. LÓPEZ GÓMEZ, ANTONIO, "Riegos y cultivos en la Huerta de Alicante", *Estudios Geográficos*, núm. 45, 1951, pp. 701-771.
16. Id., "Región valenciana", en *Geografía de España y Portugal*, dir. por M. de Terán, Barcelona, Montaner y Simón, 1966, t. IV, 2.ª parte, pp. 281-439.
17. Id., "Los regadíos en Valencia en el período 1919-36", *Estudios Geográficos*, números 11-13, 1968, pp. 397-422.
18. Id., "La caña de azúcar en Valencia y las variaciones climáticas", *ibíd.*, núm. 128, 1972, pp. 399-423.
19. Id., "Los masets de Castellón", *Cuadernos de Geografía*, núm. 11, Valencia, 1972, pp. 1-6.
20. LÓPEZ GÓMEZ, JULIA, *Los puertos de Castellón*, Madrid, 1967, 890 ff. (tesis doc. inédita).
21. Id., "El puerto de Vinaroz", *Estudios Geográficos*, núm. 110, 1968, pp. 5-101.
22. Id., "El puerto de Benicarló", *ibíd.*, núms. 140-141, 1975, pp. 609-648.
23. MARTÍNEZ ALOY, JOSÉ, "Provincia de Valencia", Barcelona, A. Martín, s. a., 1.087 páginas. En *Geografía General del Reino de Valencia*, dir. por F. CARRERAS CANDI.
24. RAMOS, VICENTE, *Historia de la provincia de Alicante y de su capital*, Alicante, Dip. Prov., 1971, 2 vols.
25. ROSSELLÓ VERGER, VICENÇ M., *El litoral valencià*, València, L'Estel, 1969, 2 vols.
26. RUIZ GALLEGO, MATILDE, "El puerto de Denia", *Cuadernos de Geografía*, números 3-4, Valencia, 1966-1967, pp. 235-267.
27. SANCHIS GUARNER, MANUEL, *Les barraques valencianes*, Barcelona, Ed. Barcino, 1957, 94 pp.
28. Id., *La ciutat de València. Síntesi d'Història i de Geografia*, València, Albatros, 1976, 2.ª ed., 602 pp.
29. SARTHOU CARRERES, CARLOS, con la col. de J. MARTÍNEZ ALOY, "Provincia de Valencia II", Barcelona, A. Martín, s. a., 1.001 pp. En *Geografía General del Reino de Valencia*, dir. por F. CARRERAS CANDI.
30. TEIXIDOR DE OTTO, MARÍA JESÚS, *Funciones y desarrollo urbano de Valencia*, Valencia, Dip. Prov.-Caja de Ahorros, 1976, 414 pp. + 35 láms.
31. VICIANA, MARTÍN, *Crónica de la... ciudad de Valencia y de su Reyno*, Valencia, 1564; ed. fac., Valencia, Dep. Historia Moderna de la Univ., 1972, 4 vols.

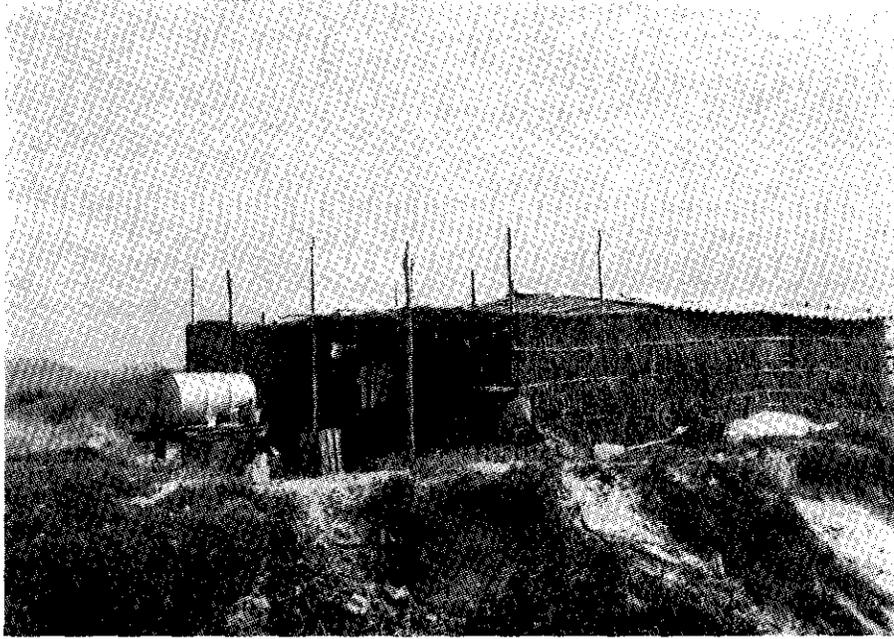


Foto 1.—Playa de Oliva. *Barraca de senill.*

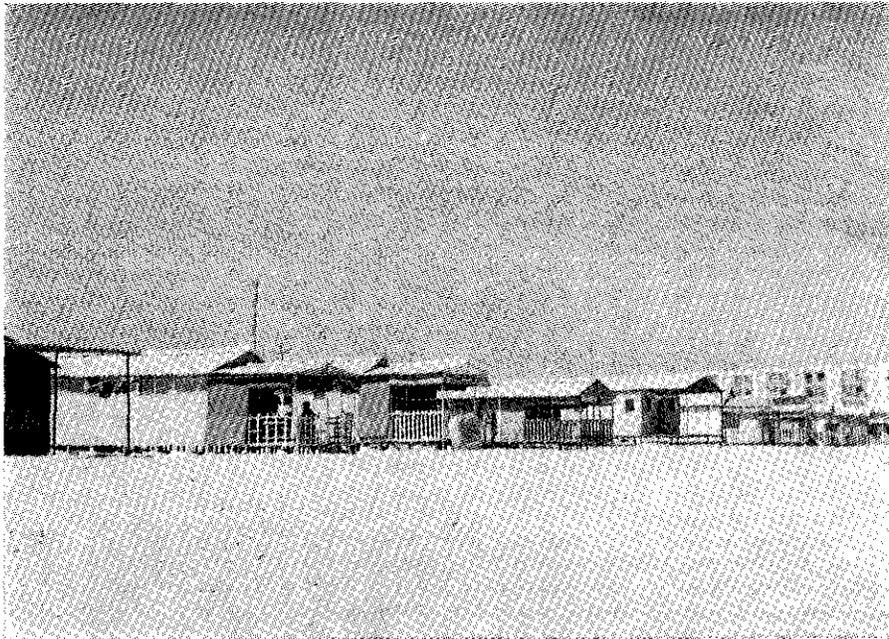


Foto 2.—Playa de Oliva. *Barracas de madera.*



Foto 1.—Playa de Oliva. *Casetes* de la mar tradicionales.



Foto 2.—Playa de Piles. Casas tradicionales en calle perpendicular.

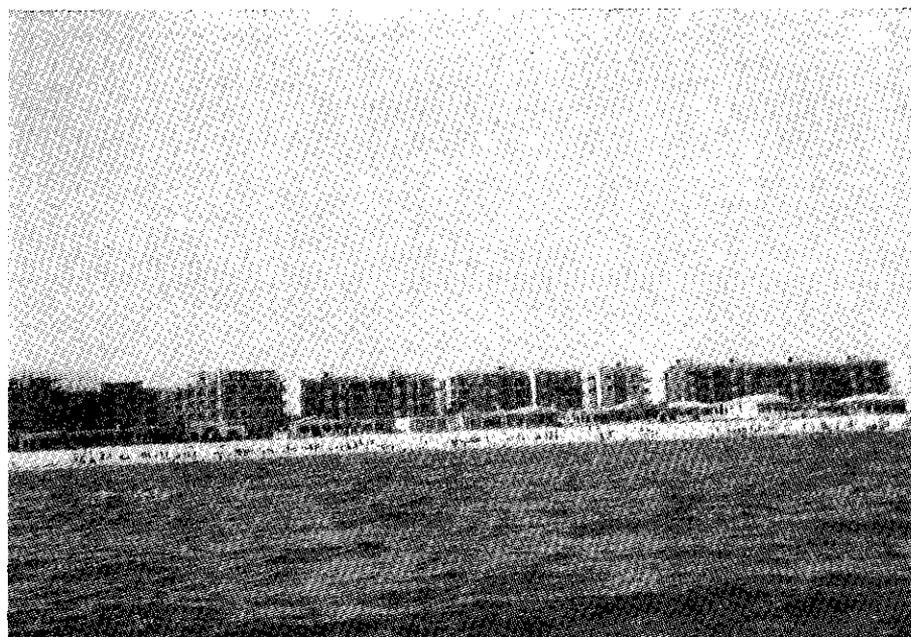


Foto 1.—Playa de Piles. En primera línea, casas de una planta tradicionales y modernas.
En segunda línea, bloques de apartamentos.



Foto 2.—Playa de Miramar. Chaíes modernos en primera línea.

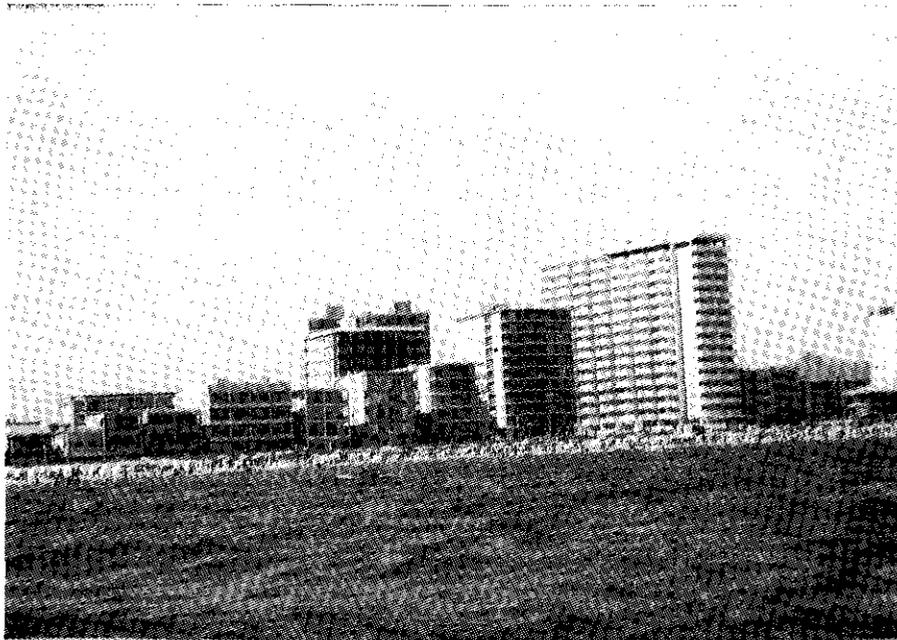


Foto 1.—Playa de Bellreguard. Predominio de bloques.



Foto 2.—Playa de Gandía. Grandes bloques y "torres".